

LA VIDA FRATERNA EN COMUNIDAD

INTRODUCCIÓN

Valores como la fraternidad, la comunión, la justicia, la paz y la integridad de la creación son considerados hoy de máxima importancia, y con razón. Vivimos en un mundo marcado por la violencia, *"en un mundo que sufre y que se siente amenazado, pero también lleno de promesas de vida"*¹, un mundo sediento de paz y de verdadera fraternidad.

En este contexto, la pregunta acerca de la condición humana se plantea con hondura. ¿Cómo es posible que una persona humana pueda aplastar a otra e incluso llegar a eliminarla? En nosotros surgen las mismas preguntas que se hacía Santiago al inicio de la Iglesia: *"¿de dónde proceden las guerras, de dónde vienen los conflictos entre vosotros?"* (St. 4,1-2)

Congregadas por la llamada de Cristo para ser lugares de vida y testimonio de fraternidad universal, nuestras comunidades religiosas no pueden quedar insensibles a estos interrogantes. La reflexión llevada a cabo por nuestras comunidades, acerca del tema de la vida comunitaria, ha puesto de relieve elementos importantes que pueden ayudarnos a reconsiderar esta realidad diaria y vital en la Asunción. Sentimos la necesidad de volver a la raíz de esta fraternidad, para acogerla tal como es en realidad: un don que es preciso hacer fructificar, una misión que debe hacer de nuestras comunidades el reflejo del amor del Padre manifestado en Cristo.

1- FUNDAMENTOS DE LA VIDA FRATERNA EN COMUNIDAD

La vida consagrada es iniciativa del Padre. Posee también una dimensión cristológica y pneumatológica, manifestando así *"el carácter trinitario de la vida cristiana"*. Anticipa el cumplimiento escatológico hacia el cual tiende toda la Iglesia nacida el día de Pentecostés. Esta **confesión trinitaria** nos remite a las múltiples vocaciones que revelan, en la Iglesia, la única luz de Cristo². De la misma manera que la vida consagrada es un anuncio de la acción trinitaria, *"la misma vida fraterna, en virtud de la cual las personas consagradas se esfuerzan por vivir en Cristo con 'un solo corazón y una sola alma' (Hch 4, 32), se propone como elocuente manifestación trinitaria"*³. » La vida fraterna es fundamental para la vida de la Iglesia y para el crecimiento de todos sus miembros.

La comunidad de los primeros discípulos de Cristo sigue siendo el modelo de toda comunidad en la Iglesia. En esa primera comunidad, se daba prioridad a la oración, a la alabanza, a la instrucción y a la edificación mutua en la comunión fraterna (Hch. 2,42). Los miembros de la **comunidad apostólica** sabían apreciar la vida en común, el deleite y el gozo de la convivencia (Hch 2,46). Vivían en la unidad de corazón (Hch 4,32). Tenían la inquietud por la justicia y por los más pobres de entre ellos. Ponían todo en común y daban a cada uno lo que necesitaba (Hch 2, 45; Hch 4, 34). Este es también el modelo en el que San Agustín se inspiró para las comunidades que fundó. Para él, la vida comunitaria era una exigencia de nuestra vocación religiosa e incluso cristiana. Nuestra pertenencia a Cristo nos integra en el cuerpo eclesial, del cual la comunidad religiosa representa una pequeña célula.

Mediante la **Eucaristía** que edifica la Iglesia, Cristo está presente en nuestra historia, en nuestras comunidades y en nuestras vidas personales. Estamos llamadas a manifestar esta presencia en nuestras realidades diarias, a través de la celebración litúrgica y la comunión, entre nosotras, y con toda la creación.

¹ Ficha Filosofía y Pasión, Capítulo General de 2006

² Cf. VC 14 y VC 16

³ Cf. VC 20 y 21

Queremos que la Eucaristía, centro de nuestra vida, " *transforme cada una de nuestras comunidades en espacios de hospitalidad, una morada de Dios donde cada persona puede sentirse en casa, acogida y respetada*⁴. ». Con Cristo, penetramos en el misterio pascual, celebrado en Iglesia cada día: pan partido y compartido, vida entregada, también allí dónde no es posible gozar de la celebración diaria de la Eucaristía. La comunión al cuerpo del Cristo nos une. Nos comprometemos a mantenernos en la acción de gracias y la gratitud, a vivir de manera eucarística y a buscar lo que contribuye a la unidad. Es una decisión que debemos tomar para que nuestras comunidades sean lugares de expresión de la gratitud y de la belleza del amor fraterno.

2- LA COMUNIDAD COMO MISIÓN

Formamos **un cuerpo que se construye** sin cesar desde los orígenes de la Asunción y cada una de nuestras comunidades es de por sí misma un lugar de misión.

Siguiendo a María Eugenia y a quienes nos precedieron, proseguimos la construcción de la Congregación (1Cor 3, 10-11), a través de nuestra palabra, nuestras acciones, el testimonio de nuestra vida. Tenemos la misión de encarnar y de manifestar entre nosotras los valores humanos del Dios hecho Hombre, valores de ternura, de cordialidad, de compasión, de benevolencia y de misericordia. Juntas, en comunidad vivimos nuestra vida religiosa, mediante el compromiso personal y la responsabilidad de unas hacia otras. El vigor de nuestra vida de comunidad depende del tiempo que invertimos en ella y de los medios que tomamos para entretener y mantener verdaderas relaciones interpersonales y comunitarias. Necesitamos vivir ciertos momentos fuertes que nos unen, compartir nuestras experiencias de fe, celebrar la reconciliación y la vida diaria, con gratitud. El silencio, la confianza, el respeto, la apertura, el diálogo, la disponibilidad y la atención mutua, son una gran ayuda. Nuestras comunidades están llamadas a ser lugares donde se puede apreciar el descanso, la alegría de estar juntas y de existir sencillamente tal como somos. Cada una puede favorecer el desarrollo de los dones de las demás, alegrarse de lo que aporta que es único, y más aún, del inestimable don que representa para la comunidad.

La toma de conciencia más vivaz del **valor inalienable de la persona** ha ayudado a tener más en consideración la idiosincrasia del individuo. La comunidad no puede subsistir, sin un justo reconocimiento del lugar específico de cada una, con sus necesidades, sus deseos, sus dones y sus fragilidades. Sin embargo, debemos estar atentos para no deslizarnos hacia una valoración excesiva de nuestras aspiraciones personales que nos eximiría de la referencia a la comunidad y del desvelo hacia los demás. El gran reto será siempre **encontrar** "el justo equilibrio,... entre el respeto a la persona y el bien común, entre las exigencias y necesidades de cada uno y las de la comunidad, entre los carismas personales y el proyecto apostólico de la misma comunidad. Y esto dista tanto del individualismo disgregante como del comunitarismo nivelador⁵. El paso necesario del "yo" al "nosotros" no podrá realizarse sin la " cultura del amor " orientada no hacia los intereses de cada uno/a, sino hacia "los intereses de Cristo" ⁶ presente en cada uno/a de nuestros hermanos/as. La vida fraterna en el amor se manifiesta de modo patente en el servicio, la entrega, el respeto, el perdón, y la aceptación de los demás tal como son. Esto favorece la unidad y la comunión en la comunidad, donde cada hermana está llamada a ocupar su lugar específico, hasta el final de su vida.

La prioridad dada a los jóvenes en la misión debe también mantenernos atentas a nuestras **hermanas más jóvenes**, para que juntas, tengamos empeño en que nuestras comunidades sean lugares acogedores para las que se sienten atraídas por nuestra vida.

Nuestras hermanas jóvenes aportan a nuestras comunidades su vivacidad, su entusiasmo, su dinamismo, y su conocimiento del mundo actual. A quienes las precedemos en la vida religiosa, nos corresponde revelarles la belleza de esta vida y transmitirles nuestra herencia de familia (tradicción, carisma) y cierta sabiduría de la vida.

4 Ficha Filosofía y Pasión , Capitulo General 2006

5 La vida fraterna en Comunidad N° 39

⁶ Cf. ibid

El papel de **las hermanas mayores y enfermas** es de un valor inestimable en la edificación de la vida fraterna. *"Los cuidados solícitos que merecen no se basan únicamente en un deber de caridad y de reconocimiento, sino que manifiestan también la convicción de que su testimonio es de gran ayuda a la Iglesia y a los Institutos, y de que su misión continúa siendo válida y meritoria, aun cuando, por motivos de edad o de enfermedad, se hayan visto obligados a dejar sus propias actividades..."*⁷ ».

Nuestras hermanas mayores personifican esas hermosas páginas de nuestra historia que aún sigue escribiéndose. Su fidelidad y su testimonio nos estimulan en nuestro propio camino espiritual. Su presencia es una invitación constante a diferenciar lo esencial y percibir el fin último de la aventura con Cristo. Además de la atención, y los cuidados adecuados que hay que dispensarles, nuestras hermanas mayores y enfermas necesitan una buena preparación para vivir la última etapa de su vida con desprendimiento y paz, decididas a entregarse hasta el fin, haciendo frente " a los desafíos del propio envejecimiento"⁸ », y de la enfermedad. Porque la misión en la vida religiosa no termina sino que se manifiesta de forma diferente.

Por el mero hecho de existir, la comunidad religiosa constituye ya un mensaje. Puede ser un verdadero testimonio y un signo de esperanza para el mundo. Los miembros de las Congregaciones religiosas tienen la tarea primordial de edificar comunidades fraternas. La llamada a anunciar el Evangelio es esencialmente una llamada a hacer efectiva la comunión. Ésta " *representa a la vez la fuente y el fruto de la misión...*"⁹ » Nuestra misión común en la vida comunitaria, nos compromete a enlazar entre nosotras, **relaciones fraternas de calidad**. El conocimiento y la autoestima favorecen una comunicación mejor con los demás. Para mejorar nuestras relaciones, es importante saber sacar provecho de ciertas herramientas modernas, como las técnicas de comunicación y de resolución de conflictos. La calidad de nuestra vida comunitaria, de la cual todas somos responsables, hará que nuestras comunidades lleguen a ser místicas, fraternas y proféticas. La comunión comunitaria nos da alas para la misión. Estimula la entrega. Recibimos nuestra misión de la comunidad, y cada una se siente y se reconoce enviada por la comunidad. Sentimos la urgencia de vivir la misión de modo creativo y audaz, según las necesidades de nuestro tiempo. Lo cual requiere, una reflexión y un discernimiento que comprometen a toda la comunidad. Por otro lado, la dificultad de encontrar un ritmo equilibrado cuestiona la coexistencia de proyectos personales diversificados y del proyecto apostólico de la comunidad.

La misión por la vida fraterna halla otra expresión en la dimensión del " **inter** " que caracteriza nuestras comunidades. Podemos dar testimonio de la alegría de una vida fraterna vivida en unidad en comunidades *internacionales, interculturales, e intergeneracionales*. Esto debe nacer de un deseo profundo que conduce a una toma de decisiones y a un compromiso por parte todas

El sentido de Cuerpo-Congregación y el espíritu de familia se ven así fortalecidos, y se manifestarán, entre otras cosas, mediante la disponibilidad de las hermanas para acoger envíos fuera de las Provincias / Región y del propio Continente.

Todas nuestras Provincias y Región no pueden ver realizado el "sueño" de la internacionalidad, pero sí plasmarlo en una " *manera de ser* " que impregna nuestra percepción de la realidad y nuestra comprensión de la misión hoy.

⁷ VC 44

⁸ Cf. .La vida fraterna en comunidad N° 68

⁹ Exhortación apostólica Christifideles N° 32

3- LA COMUNIDAD PARA LA MISIÓN

Toda comunidad se constituye en vistas a una misión precisa, una misión llevada en comunión unos/as con otros/as.

La vida fraterna a la cual aspiramos tiene su raíz en nuestra **vocación a la comunión**. Sigue siendo un desafío diario, una participación en la misión de Cristo que quiere congregarnos en la unidad a los hijos de Dios dispersos. (Jn 11, 52) Es una llamada a perseverar en " *el combate beneficioso del amor fraterno* " ¹⁰ », una llamada a reconocer y a acoger la presencia del Espíritu que actúa siempre. Él es nuestra comunión y quien nos constituye como comunidad.

Los acontecimientos del mundo y de nuestros diferentes países nos interpelan y nos invitan a la perseverancia en el amor fraterno. Son una llamada a vivir plenamente la comunión entre nosotras y a participar en la construcción de sociedades más humanas, por el testimonio de nuestra vida comunitaria. Es a lo que el Papa Juan Pablo II nos invitaba al afirmar: " *Al inicio de un nuevo milenio, se hace más viva la esperanza de que las relaciones entre los hombres se inspiren cada vez más en el ideal de una fraternidad verdaderamente universal. Sin compartir este ideal no podrá asegurarse de modo estable la paz.* " ¹¹ ». Nuestra aportación en la extensión del Reino se realiza también por la búsqueda de comunión, la inquietud por vivir la inclusión a todos los niveles, la apertura a lo universal y a lo peculiar, que son un signo primordial en un mundo fragmentado y dividido donde se insiste más sobre las posesiones individuales y la identidad que excluyen. La comunión **entre** Instituciones diferentes, la colaboración con personas **de otras confesiones** cristianas o **de otras religiones**, son también una fuerza, un lugar de testimonio y de estímulo para quienes obran en vistas a una mayor fraternidad y a una transformación efectiva de nuestras sociedades.

La experiencia contemplativa es de gran ayuda para vivir nuestra misión, como comunidad, y en comunidad. La comunidad religiosa encuentra su fuerza en la oración común, sustentada por la oración personal, en la Palabra compartida y en la Eucaristía ¹². Los tiempos de celebraciones comunitarias crean una atmósfera de discernimiento. También favorecen la unión de corazones gracias al compartir de nuestras experiencias, de nuestras alegrías y preocupaciones. De este modo la comunidad se siente fortalecida en la fe y enviada en misión. A través de la escucha de la Palabra de Dios y de la escucha de nuestras hermanas podemos discernir y cumplir la voluntad de Aquel que nos ha congregado por su Espíritu. En realidad, para nosotras, Religiosas de la Asunción, la **comunidad** es " *el lugar de nacimiento y de discernimiento de nuestra propia visión. Esta visión no es algo estático, sino fruto de nuestra oración común, de nuestro esfuerzo para juntas vivir el amor y la purificación de nuestra mirada que fortifica nuestra libertad interior.* " ¹³ . »

Es pues importante formarse en el **discernimiento**, « *aprender a discernir* », en un ambiente fraterno, para acoger la palabra de los demás, e incluso dejarse cuestionar e interpelar.

El proyecto apostólico comunitario da orientaciones sobre la misión y especifica la manera de vivirla hoy en diferentes contextos, en relación a nuestro carisma. Nuestra misión educativa siempre va enfocada hacia una transformación de las personas y de las situaciones ¹⁴. Quiere dar una respuesta a los desafíos actuales, como cuerpo-comunidad, a través de un compromiso personal y comunitario, en interdependencia y corresponsabilidad. De esa manera, la vida fraterna será tanto más armoniosa, en cuanto que respeta los diferentes polos de nuestra vida.

La comunidad religiosa también ofrece un espacio para experimentar la dimensión de **la Justicia, de la Paz**. Es " *el primer lugar en el que tenemos que vivir relaciones justas y solidarias* " ¹⁵. " *Nuestras hermanas de comunidad "tienen derecho" a recibir nuestra atención y nuestro afecto. Se trata de "un deber" de justicia y de fraternidad, que no debe excluir a nadie, aunque reconozcamos la peculiaridad de nuestras relaciones interpersonales. Este "deber" está por encima de nuestros sentimientos " de simpatía y de antipatía.* " ¹⁶.

¹⁰ Sr. Cristina María, Informe N° 1 Capítulo General 2006, p 34

¹¹ Mensaje de Juan-Pablo II para la Jornada de la Paz en 2001, N° 1

¹² La vida fraterna en comunidad, N° 14

¹³ Documentos pre-capitulares, p. 10

¹⁴ Ficha Educación transformadora en la Asunción, Capítulo General 2006

¹⁵ Ficha JPIC-S, Capítulo General 2006

¹⁶ Regla de Vida N° 55

Podemos hacer nuestra la llamada dirigida a África con motivo de su segundo sínodo, llamada a ser "*comunidades al servicio de la reconciliación, de la justicia y de la paz*¹⁷..."

La llamada a la reconciliación echa raíces en el amor misericordioso de Dios para con nosotros en la persona de Cristo, que nos dio el Espíritu Santo. Este don nos apremia a vivir la justicia y la paz, con las más cercanas que son nuestras hermanas y con todos los demás.

La experiencia de la fraternidad no se limita a la comunidad religiosa. Se ensancha a todos. No son los mismos laicos quienes manifiestan el deseo de compartir nuestra espiritualidad y nuestra misión, «*respetando las respectivas vocaciones y los diversos estilos de vida propios de los religiosos y de los seglares*¹⁸ ? » La comprensión misma de la Iglesia como comunión nos invita a realizar intercambios entre nosotros, a apoyarnos en el camino de la santidad y a dar una respuesta más acorde y adaptada a las necesidades del mundo actual.

Asunción Juntos constituye para nosotros una respuesta adecuada, que corresponde al deseo de Santa María Eugenia, de una colaboración y de un compartir con los laicos, existente desde el principio de la Congregación. Este compartir espiritual y apostólico vivido en la solidaridad, el respeto y la amistad, es fuente de dinamismo, de esperanza y de apoyo recíproco para todos. "*Juntos, laicos y hermanas, queremos ser testigos del Señor Resucitado, de la ternura de Dios, y de la fuerza transformadora del Evangelio,*¹⁹ " en toda situación, en todo lugar.

CONCLUSIÓN

La vida comunitaria es un elemento fundamental de la vida religiosa en la Asunción. En la comunidad es donde cada hermana encuentra fuerza y apoyo para vivir su vocación; es en ella donde cada una encuentra aliento para emprender el camino de **la santidad**.

La comunidad participa en la misión de la Iglesia-comunión, de la cual es una manifestación; es un signo elocuente para nuestros pueblos en transformación constante. Por ello, es importante cuidar la vida fraterna en nuestras comunidades.

Las realidades de nuestras sociedades contemporáneas ilustran bien el deseo de fraternidad y al mismo tiempo la dificultad en lograrla, debido a las luchas de intereses que rigen el mundo.

También nosotras nos vemos amenazadas por el individualismo y la violencia que anidan en nuestras sociedades, y es grande la tentación de no ejercitarnos a tener una mirada de esperanza. La toma de conciencia del sentido y del cometido de nuestras comunidades debe incitarnos a vivir en ellas con la inquietud por el crecimiento personal y la ayuda mutua, para manifestar lo que es capaz de realizar el amor de Dios a través de nuestra fragilidad humana. La vida comunitaria será un verdadero **testimonio**, sólo en la medida en que nos da vida. Por ello, debemos suplicar al Espíritu, y estar dispuestos a acoger ese don, que nos compromete a ser, también nosotros, un don para nuestras hermanas. Porque la comunidad es nuestro primer ámbito de evangelización y el primer lugar donde somos evangelizadas, un lugar de conversión permanente. Esta es la condición para que nuestras comunidades sean "**una buena noticia**" para el mundo.

Este documento, fruto del trabajo de las comunidades sobre la Regla de Vida, fue elaborado por la Comisión Regla de Vida y aprobado por el CGP de Abidjan en octubre 2009.

¹⁷ Tema del segundo Sínodo de África, octubre 2009

¹⁸ La vida fraterna en comunidad N° 70

¹⁹ Ficha Asunción Juntos, Capítulo General 2006